

RITO DE PASO

Olalla García



GRUPO ZETA 

PRÓLOGO

Florenxia, 1602

Fuera de la estancia todo era penumbra. La ciudad dormitaba envuelta en silencio, en el aliento frío y cortante del Arno, que patrullaba insomne sus dominios. Al otro lado del río sonaron campanas llamando al oficio de completas.

La aparición de un carruaje quebró la calma que ascendía desde la calle. El coche se detuvo bajo la ventana, frente al portón que daba ingreso al *palazzo* de los Montalto. Los batientes se abrieron para franquearle acceso al patio interior.

Agnese cerró el libro que sostenía sobre el regazo. Su dueña continuó peinando los cabellos de la joven señora, como si aquel ritual encerrara gran trascendencia y nada de cuanto aconteciera fuera de los aposentos justificara una interrupción.

—¿Será vuestro esposo?

—Lo dudo. No acostumbra a regresar tan temprano de las casas de placer.

Sonrió con tristeza y volvió a enfrascarse en su lectura. Eran numerosas las damas que repasaban sus devocionarios antes de encaminarse al lecho; no tantas las que recitaban los versos, inmortales y perturbadores, de la *Divina Comedia* de Dante.

Unos nudillos golpearon la puerta de la antecámara. Ahora señora y aya interrumpieron sus quehaceres, sobresaltadas. Se miraron. En los ojos de la fiel sirvienta se adivinaba el temor.

Durante unos instantes no acertaron a reaccionar. La llamada sonó de nuevo, más apremiante. En un gesto instintivo, la joven se santiguó. Luego empujó a su dueña hacia la estancia exterior.

—¿A qué esperas? Ve a averiguar quién es.

Mientras el aya obedecía, Agnese intentó apartar de su mente el eco de las últimas estrofa leídas, en las que el poeta citaba las advertencias grabadas en el dintel del Infierno.

Per me si va nella città dolente,

Per me si va nell eterno dolore,

Per me si va tra la perduta gente...

...

Lasciate ogni speranza, voi ch'entrate

A la trémula luz de las lámparas, Giovanni Battista Montalto irrumpió en el dormitorio, con el paso firme de un condotiero dispuesto a conquistar cuantas plazas fuertes se interpusieran en su camino. Eran aquellos mismos andares decididos con que se había dirigido a ella por primera vez, directo e imparable, ignorando al resto de los presentes. Al fin de aquella jornada, ella suplicó a la Madonna de la Santa Trinidad que un día lo convirtiera en su esposo.

Todo en él era intenso, hermoso y viril. Todo en él inspiraba seguridad. Su voz, sus palabras, sus recias pantorrillas; la forma en que gesticulaban sus grandes manos inquietas, los movimientos de su cuerpo fornido, rebosante de vigor; su rostro aristocrático, de amplia mandíbula, su nariz recta y pómulos marcados. Y, sobre todo, sus profundos ojos pardos, acentuados por la piel clara y los cabellos castaños, que, junto al bigote y la mosca, se dirían pensados para resaltar sus facciones.

Aunque le concedieran la existencia eterna, como a los dioses paganos, Agnese sería incapaz de olvidar aquel primer encuentro. Corrían entonces tiempos muy distintos, tiempos que ahora parecían pertenecer a otro universo, a otra vida. Días compartidos de madrigales, de música y poesía, en los que la joven fingía resistirse, pero acababa accediendo a que él la arrastrara a algún rincón escondido para rendirse a sus rimas desbor-

dantes de promesas y a sus besos impacientes. Sentía el pecho lacerado al recordar aquel pasado perdido para siempre, las reuniones de la *Academia de Pastores Antelleses* en el espléndido palacio familiar del senador Niccolò dell'Antella, y las excursiones a su villa de recreo, en los agros donde se abrazaban las corrientes del Antella y el Ema.

Ya por entonces, ella había aprendido a reconocer ese gesto endurecido bajo el que su pretendiente ocultaba las ofensas que, con demasiada frecuencia, sufría en el seno de su familia.

A pesar del tiempo transcurrido, ese rictus no había cambiado. Era el mismo que veía ahora frente a ella, y contra el que aún no había aprendido a endurecer el corazón.

Dejó el libro sobre el tocador y se incorporó con vehemencia.

—¡Virgen santísima!, ¿qué os ha hecho esta vez?

—No debierais hablar así de él, señora. Es vuestro esposo.

—Y vuestro hermano.

Desde su primera infancia, Giambattista creció bajo los abusos del primogénito de la familia. Era un niño perfecto, de complexión, mente y alma brillantes; mientras su hermano mayor, el heredero de la casa Montalto, había nacido en un cuerpo débil y enfermizo, sacudido por las convulsiones del Gran Mal, y con un espíritu que se alimentaba a la par de envidia y resentimiento.

—Debemos disculparlo, señora. ¿Qué sabemos nosotros que su sufrimiento? Él no tiene culpa de ser como es.

—¿Acaso la tenéis vos?

Su interlocutor desvió la vista. En él se leían las primeras muestras de vacilación. Su presencia allí, en los aposentos de la esposa de su hermano, resultaba inmoral, escandalosa. Ambos lo sabían.

Silenciando la voz de la cautela, Agnese se aproximó hasta quedar frente a él. Sentía deseos de alargar la mano para tocar el pendiente que Gianni exhibía en su lóbulo izquierdo, como recuerdo de su primera campaña contra el turco. Aquella gran perla en forma de lágrima le confería una extraña fascinación; un aroma de exotismo, peligro y aventuras a cuyo hechizo, bien lo sabía, no permanecían insensibles las muchachas de Florencia.

—¿Y yo? —añadió la joven—. ¿Acaso la culpa me pertenece? Responded. ¿Merecemos tal vez su furia y su desprecio? ¿Es ése justo pago a cambio de vuestra lealtad, o de la mía?

—El justo pago llegará algún día, tenedlo por seguro.

Ella sonrió para sí. Gianni creía con fervor en la existencia de un Dios recto y honesto; si bien, por ahora, el Todopoderoso no se había dignado a ofrecer pruebas de que poseyera dichas cualidades.

—¿Y cuándo sucederá tal cosa, decidme? ¿En la otra vida? ¿Hemos de aguardar hasta entonces para recibir misericordia, para aspirar a la dicha? Ignoramos incluso qué nos deparará el mañana. ¿Pensabais hace tres años que hoy nos encontraríamos en esta situación?

Se habían separado bajo el juramento de que él regresaría pronto, en cuanto reuniera suficiente fortuna para pedirla en matrimonio. Como hijo segundogénito, sus rentas apenas alcanzaban para mantener una casa modesta, silla de mano y cuatro sirvientes, y ninguno de los dos ignoraba que la familia de la dama tomaría por ofensa el proponer desposarla en tal estado.

Pero las riquezas abundaban en el mar y en las tierras de los infieles. Eran numerosos los corsarios que surcaban el Mediterráneo en desempeño de su noble oficio, y cuantiosos los botines arrancados a turcos y berberiscos.

Así, el menor de los Montalto expuso el caso a su señor natural, el senador Niccolò dell' Antella, el cual se regocijó sobremanera y concedió a su protegido licencia y recomendación dirigida a su hermano frey Francesco, comendador de la soberana orden de Malta.

Al servicio de la Religión y en calidad de aventurero, protagonizó hazañas que le ganaron gran renombre entre los hermanos hospitalarios. Hasta el punto de que, tras la captura de Mahometa, el Gran Maestre le honró con una felicitación y la concesión de una cadena de oro, condecoración que Giambattista portaba siempre al cuello con visible orgullo.

Sin embargo, cuando el joven oficial regresó a casa, tras ofrecer su espada durante dos años al servicio de los caballeros de San Juan, halló que la familia de Agnese ya la había desposa-

do con un pretendiente más acorde al monto de sus ambiciones. Un marido que se complacía en convertirla en objeto de desdén para mayor suplicio de su hermano menor.

—Si entonces no supimos predecir lo que nos aguardaba al cabo de los meses, ¿cómo podéis augurar qué destino nos espera tras la muerte? Tenedlo vos por seguro, señor: la única realidad fehaciente es la que está al alcance de nuestras manos, aquí y ahora.

Como si poseyeran vida propia, sus dedos se posaron sobre el torso de su interlocutor, en los broches que cerraban su colete. Gianni quedó petrificado. Ignoraba si lo conmocionaba más la perspectiva de insinuar un movimiento o la de permanecer rígido como una estatua.

Agnese siempre había sido el objeto de sus desvelos, de sus oraciones, la musa de su lírica más exquisita y sus fantasías más inconfesables. Y ahora se alzaba frente a él, con los cabellos desnudos, sin sayo, corsé o verdugado que resguardaran su cuerpo. Pero, por Dios santo, era una dama honorable y decente; y él, un caballero que cifraba su orgullo en la rectitud.

Siendo así, ¿por qué había acudido aquella noche a aquellas habitaciones? ¿Por qué se sentía sin fuerzas para marcharse?

—¿Deseáis saber algo más, algo que nunca os he confesado hasta ahora? —musitó ella—. Si en una de esas ocasiones, en cualquiera de las veces en que me arrastrabais más allá de las miradas ajenas... si hubierais decidido llegar más lejos en vuestras caricias, yo... no habría sabido resistirme.

Montalto supo que debía retirarse. Se lo exigía su honor, el de su persona y el de su familia; y, ante todo, la honra de la mujer ante la que siempre había estado dispuesto a postrarse, como ante una diosa de tiempos antiguos. Con una mano intentó detener los dedos trémulos que comenzaban a desabrochar su jubón; pero la otra recorría ya la cintura femenina, tan cálida y perturbadora.

Ambos temblaban, ambos se sentían sobrecogidos, pero ninguno deseaba frenar aquel deseo que se desbordaba de las entrañas como una riada arrolladora. Cuando el colete cayó al suelo, dos objetos escaparon de un bolsillo interior, cosido a la

altura del pecho: un saquillo de esencias, para perfumar el cuerpo, y una cinta bordada. Agnese reconoció la prenda que había entregado a su pretendiente el día en que se despidieron, mientras el aire traía ecos de juramentos y esperanzas.

Ahora, por fin, en una noche con el peso de mil días de espera, todas las promesas quedaban consumadas. El tiempo se disolvió en los hechizos de Venus, cediendo su lugar al olor y el sabor de los cuerpos anhelantes. Y todos los placeres imaginados se hicieron carne, una vez tras otra, con la voracidad insaciable de los amantes largo tiempo insatisfechos.

En las fronteras del alba, Giambattista fue el primero en abrir los ojos. Los sonidos de la ciudad que despertaba comenzaban a introducirse entre los cortinajes del dosel, sinuosos, con su carga de mentiras y culpa, como la serpiente en el jardín del Edén. Y, junto a ellos, las exigencias de una realidad que no aceptaría seguir siendo ignorada.

—¡Que Dios me perdone! —exclamó.

No podía seguir en aquella casa. Debía alejarse para siempre de aquella ciudad.

Como si intuyera sus pensamientos, Agnese, desnuda y tibia, se estrechó contra él y suplicó:

—Si te vas, llévame contigo.

Roma, 1606

Corría el veintiocho de mayo. El campo de Marte era un hervidero. Se había propagado el rumor de que aquella tarde, en la Via della Pallacorda, tendría lugar un ajuste de cuentas. En la cancha que daba nombre a la calle no cabía un alma. Ya habían estallado las primeras trifulcas entre ciertos pendencieros que, caldeados los ánimos y bien afiladas las lenguas, pugnaban por ocupar las filas delanteras de la tribuna.

Sobre el terreno de juego, Ranuccio Tomassoni aguardaba a su adversario. Era hombre que nadaba en negocios turbios. Debía su patrimonio a actividades que rara vez se mencionaban en los salones de la alta nobleza; sin embargo, gozaba de posición influyente en la ciudad papal, gracias a sus contactos con la poderosa familia Farnesio.

Lo acompañaba su hermano Gian Francesco, bien conocido en las calles como cabecilla de una de las más famosas y temidas bandas de la ciudad, y sus dos cuñados, Federico e Ignazio Giugoli. Los tres permanecían en silencio mientras su pariente lanzaba denuestos contra aquel malquisto rival que se resistía a aparecer.

—Ese perro sarnoso de Merisi debe de haber hecho un alto en cada taberna del camino. ¡Que beba por última vez! No podrá volver a hacerlo una vez que le haya abierto el estómago en canal.

En aquel mismo instante, el susodicho recorría el callejón de Santa Cecilia y San Biagio junto a tres acompañantes. Se detuvieron en seco al avistar las puertas del complejo. La algarabía del interior denotaba la afluencia de numerosos espectadores.

Todos se volvieron hacia el miembro más joven de la comitiva que, por su porte y vestimenta, evidenciaba ser también el de más alto rango.

—Bien, amigos —comentó éste—, no es momento para decisiones. Nuestro público espera.

Así diciendo, extrajo de entre sus ropas una máscara y se la colocó sobre el rostro. Después se dirigió al hombre que lo precedía.

—Adelante, capitán.

Éste no era otro que Petronio Troppa, boloñés de nacimiento y antiguo guardia del castillo de Sant'Angelo, la temida prisión papal.

—En modo alguno —replicó el oficial, de forma instintiva—; después de vos, Excelencia.

Se mordió la lengua al instante. El ricohombre que los acompañaba les había ordenado prescindir de todo tratamiento que pudiera desvelar su identidad. Se trataba de Fabrizio Sforza Colonna, vástago de dos poderosísimas familias nobiliarias. Sus andanzas lo habían convertido en asiduo protagonista de los periódicos italianos, y aun de los que se imprimían en el resto de la cristiandad.

Había entrado de incógnito en la ciudad papal el día anterior; pues, por culpa de cierto delito cometido unos meses antes, se hallaba oficialmente desterrado de los estados pontificios. En teoría, en este mismo instante estaba cumpliendo condena en La Valeta, bajo vigilancia del Gran Maestre de la soberana orden maltesa.

El arquitecto Onorio Longhi, tercer miembro de la cuadrilla, increpó con aspereza al capitán:

—¿Te has vuelto loco? ¡Cierra el pico, maldita sea!

Más fue acallado a su vez por el último integrante del grupo:

—Yo iré en primer lugar. Al fin y al cabo, éste es asunto que me compete.

El que así hablaba respondía al nombre de Michelangelo Merisi da Caravaggio. Se trataba de un individuo de unos treinta y cinco años, de ojos feroces, porte altivo y cabellos indómitos, bien conocido tanto en los grandes palacios como los ambientes más sórdidos de Roma. Era pintor al que algunos tenían por genio, y otros por blasfemo; y al que todos, amigos y enemigos, sabían que era mejor no contrariar.

El artista se adelantó al encuentro de Tomassoni; quien, al verlo acercarse, escupió al suelo, con el gesto asqueado de quien acaba de avistar a un leproso.

—Has venido, Merisi. Empezaba a temer que te hubieras quedado temblando bajo las sayas de tu puta. Esa zorra no te salvará, por mucho que intentes que le recen como a la Inmaculada.

En efecto, Caravaggio había usado a su compañera Maddalena Antognetti como modelo para representar a la Santísima Virgen, en un cuadro escandaloso que había durado menos de un mes en su supuesto lugar de destino: el altar mayor de la iglesia de Santa Ana de los Palafreros, junto al Vaticano. No era ningún secreto que Lena provenía de una familia de mujeres consagradas a dar placer al varón; oficio que ella misma desempeñaba con notable habilidad.

—En realidad, vengo de pasar un rato bajo las sayas de tu esposa —replicó el pintor, con esa lengua inflamatoria, mordaz e insolente que, a juego con su carácter, ya había iniciado numerosas reyertas—. Ella es la causante de que llegue tarde. A fe que necesitaba que alguien la dejara satisfecha por una vez.

Tomassoni, rojo de furia, lo aferró del jubón, dispuesto a cobrarse satisfacción a golpe de puño por aquella afrenta. No sin esfuerzo, su hermano Gian Francesco obligó a ambos contendientes a separarse.

—Por eso estamos aquí, porque los dos tenéis asuntos pendientes. Zanjémoslos de una vez por todas.

Así era. Ambos guardaban recuerdo de mutuas injurias, y el feroz deseo de ajustar cuentas por todas ellas. Sobre todo, por una en especial: los dos frecuentaban el lecho de Fillide Melandroni, una cortesana que repartía sus servicios entre los más al-

tos dignatarios de la ciudad vaticana. Aunque hubieran de prescindir de ella a favor de nuncios y cardenales, ninguno estaba dispuesto a compartirla con el otro.

Por supuesto, la causante de aquel enfrentamiento no se contaba entre el público; como tampoco se encontraban en las gradas Lena ni Lavinia Giugoli, la esposa de Ranuccio.

De buen grado, ambos contendientes habrían dirimido la querrela a punta de espada. Pero las leyes papales prohibían los duelos; y el brutal ajusticiamiento colectivo de la familia Cenci, tan presente en la mente de todos los romanos, demostraba que la justicia vaticana sabía actuar con enorme saña cuando así convenía a sus intereses.

En consecuencia, habían acordado solventar sus diferencias de forma menos cruenta, por medio de un partido de *pallacorda*. Obviando el saludo de rigor en tales casos, cada uno se dirigió a su mitad de la cancha. El terreno de juego estaba dividido en dos por una cuerda, lo que daba su nombre al deporte; cada uno de los equipos en liza se servía de raquetas, y debía lograr que la pelota tocara tierra en campo contrario.

Los ocho participantes amontonaron sus sombreros, capas y jubones en un rincón del campo de juego. Y, jaleados por el público, se dispusieron a iniciar el encuentro. Éste fue avanzando con los marcadores muy igualados, y los ánimos cada vez más enardecidos. Los primeros insultos pronto dieron lugar a empujones entre los rivales que se encontraba más cercanos a la cuerda.

Cuando el punto final cayó del lado de sus adversarios, Tomassoni prorrumpió en gritos:

—¡Tramposo bastardo! ¡Ni siquiera respetas las reglas! ¡Eres incapaz de hacerme frente como un hombre de verdad!

—¡Maldito hideputa! ¡Repíte eso si te atreves!

Espoleado por el insulto, Caravaggio había saltado la cuerda, y ahora se disponía a desenvainar la espada.

Los ocho contendientes portaban ropera al cinto. Todos daban por hecho que, a la postre, el encuentro no se dirimiría con raquetas y pelota, sino esgrimiendo el acero hasta hacer brotar la sangre de los contrarios. Los espectadores, que también lo

sabían, prorrumpieron en vítores ante el comienzo del espectáculo que realmente habían venido a presenciar.

Ranuccio acometió al pintor con la furia de un lobo rabioso. Se enzarzaron en fiero combate, mientras sus acompañantes, con las hojas desnudas, se lanzaban unos contra otros.

La disputa fue encarnizada, mas también breve. A los pocos embates, Tomassoni se desplomó al suelo. La espada de su rival se había abierto camino hasta su carne.

Pero Merisi, hijo de la rabia más oscura y visceral, no era de los que se contentaban con un duelo a primera sangre. Avanzó sobre el adversario caído y le asestó un violento tajo en la entrepierna, dispuesto a castrarlo.

Éste respondió con un golpe desesperado. El artista sintió cómo la hoja enemiga se hundía en sus entrañas. Su propio acero erró el blanco, y seccionó el muslo de su antagonista, a escasa distancia de su objetivo inicial.

La sangre comenzó a manar a borbotones. En las gradas estallaron gritos de espanto. En pocos instantes, los asientos quedaron vacíos. Los espectadores habían abandonado el campo de juego a la carrera. Resultaba evidente que aquella estocada era letal, y nadie quería estar presente cuando la autoridad llegara para investigar el homicidio.

—¡Asesino! —lanzó Tomassoni, con sus últimas fuerzas—. ¡Que el diablo te lleve!

Merisi apenas acertaba a moverse. Se tambaleó, debilitado por la herida. Alcanzó a ver que el capitán Petronio Troppa también agonizaba sobre el piso, no lejos de Ranuccio. El hermano de éste le había asestado un golpe fatal.

El artista trastabilló, y a punto estuvo de caer al suelo. Entonces sintió cómo alguien lo tomaba del brazo.

—¡Por Dios, Michele, apóyate en mí! Tenemos que desaparecer de inmediato.

Fabrizio Sforza, aún provisto de su máscara, acudía a socorrerlo cuando todos los demás habían escapado del lugar. Sólo quedaban los moribundos para dar testimonio de lo ocurrido.

A sus espaldas, Tomassoni jadeó, con la convicción inapelable de los condenados:

—¡No irás muy lejos, Merisi! Tus días están contados. Pagarás por esto, ¿me oyes? ¡Pagarás muy caro!

Caravaggio sintió un escalofrío. No sería la primera ocasión en que debiera rendir cuentas ante la justicia. Había sido juzgado y condenado en varias ocasiones: por injurias, por agresión, por asalto. Pero ahora era diferente.

Esta vez era asesinato.